

de que se trata de una apuesta arriesgada, no exenta de peligros ya que para el éxito turístico de las áreas minero-industriales se precisan fuertes inversiones encaminadas a restituir los valores ambientales y responder a las exigencias de calidad de la demanda.

A favor de la revalorización e incorporación del patrimonio minero-industrial a las estrategias de turismo para zonas deprimidas, M^a Carmen Cañizares analiza algunas actuaciones relevantes en Castilla-La Mancha para concluir que la viabilidad de las mismas dependerá, entre otros, de la dotación y adecuación de infraestructuras, del tratamiento preciso de los elementos singulares y de la potenciación del interés y la presencia de asesoramiento adecuado, además de concurrir la necesaria participación y consenso de los agentes implicados y, como no, de una sensibilización social hacia el patrimonio minero-industrial, aún débil en la región.

Paz Benito del Pozo

GALVÁN TUDELA, J. A., GONZÁLEZ LEMUS, N., MOORE, K. E. y HERNÁNDEZ ARMAS, R.: *Sol de invierno. Homenaje de Arona al Turismo Sueco. Arona, Patronato de Turismo del Ayuntamiento de Arona y Ediciones Llanoazur, 2004, 157 pp. [ISBN 84-933180-2-7].*

La obra que reseño a continuación se trata de un trabajo de gran relevancia, que va más allá del homenaje a un pueblo septentrional europeo por parte de un municipio del sur de la isla de Tenerife. El homenaje contenido en este libro es necesario por las decisivas contribuciones que realizó la comunidad sueca en el desarrollo de Arona en general y de Los Cristianos en particular; primero como población en sentido estricto y más tarde como destino turístico. Pero la investigación supera los límites de un estricto homenaje, puesto que explica los rasgos de los sólidos y profundos lazos que se establecieron entre los suecos y los *playeros*¹.

La obra consta de una presentación a cargo de D. Sebastián Martín Martín, Presidente del Patronato de Turismo del Ayuntamiento de Arona, y de cuatro grandes capítulos desarrollados por especialistas de cada una de las materias abordadas. El contenido del libro es complementado con la inclusión de un catálogo fotográfico elaborado por D. Marcos Brito, que contiene diversas imágenes captadas por fotógrafos suecos. Estas estampas no sólo muestran los paisa-

¹ Denominación utilizada para hacer referencia a los habitantes del núcleo inicial de Los Cristianos.

jes de la época, sino que también se pueden percibir a través de las mismas los vínculos que se crearon entre los pobladores de la primitiva aldea de Los Cristianos y la comunidad procedente de Suecia.

En el primer capítulo, D. José Alberto Galván Tudela, Catedrático de Antropología Social de la Universidad de La Laguna, lleva a cabo una serie de reflexiones desde la perspectiva antropológica sobre el significado, función y alcance del homenaje del municipio de Arona al turismo sueco. En primer lugar, cabe preguntarse la razón de la centralidad del homenaje en la comunidad sueca, puesto que cuando llegaron a Arona los primeros suecos Tenerife también estaba visitada por belgas (que participaron en la financiación del complejo turístico TEN-BEL —Tenerife-Bélgica—), ingleses o alemanes. Pues bien, no es sólo porque los suecos acudían a Los Cristianos con asiduidad invirtiendo capital en el poblado, sino también porque fueron los primeros en llegar y, fundamentalmente, porque empleaban a los jóvenes, alquilaban casas, impulsaban el pequeño comercio, participaban en las actividades sociales y culturales, etcétera, en fin, contribuyeron activamente en el fortalecimiento y evolución de la economía de la ciudad. La inserción social de la comunidad sueca en el seno de los *playeros* fue progresiva, respetuosa y plena.

No cabe duda que el clima de Canarias en general y el de Tenerife en particular se transformó en un polo de atracción muy importante, tanto para suecos, ingleses y alemanes, puesto que, como indica D. Nicolás González Lemus, la Isla y especialmente las ciudades de Santa Cruz de Tenerife y el Puerto de la Cruz fueron destinos preferidos a Madeira por los ingleses que padecían enfermedades respiratorias, entrando Canarias en la corriente turística europea desde mediados del siglo XIX. Los suecos, por su parte, se trasladaron a Los Cristianos por su mayor insolación y sequedad y su menor nivel higrométrico.

El historiador D. Nicolás González Lemus resalta, en el segundo capítulo de la obra, la importancia decisiva que tuvo el clima de Canarias como factor de llamada de turistas, puesto que en los primeros años de la actividad turística en nuestros fueros, los procesos terapéuticos y de recuperación de la salud desempeñaron un papel fundamental. La principal enfermedad que marcó el nacimiento de la industria turística canaria fue la tuberculosis, puesto que numerosos enfermos con problemas pulmonares viajaron hasta el Archipiélago en busca de una progresiva mejoría, principalmente gracias al clima de las Islas. Este autor también hace referencia a la importancia del viajero romántico; la climatoterapia y la hidroterapia marina como factores impulsores del turismo moderno; y los condicionantes históricos que favorecieron el desarrollo del turismo insular, hasta la elección del Valle de la Orotava y particularmente el Puerto de la Cruz para su comienzo.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII algunos viajeros románticos y naturalistas viajaron preferentemente hasta Canarias, fundamentalmente a Tenerife, atraídos por la presencia del Teide. Este tipo de viajeros integraría el turismo, denominado por el Sr. Lemus, temprano o prototurismo. Será a partir del último tercio del siglo XVIII cuando se haga referencia a la climatoterapia, método terapéutico consistente en sanar determinadas enfermedades a través de la exposición del enfermo al clima de una región. Posteriormente, se produjo una cierta rivalidad en el destino turístico entre Madeira y Tenerife, aunque durante las guerras napoleónicas la primera isla se transformó en el centro del turismo británico. Varios doctores de la época resaltan que el clima de Tenerife (Santa Cruz de Tenerife y Puerto de la Cruz) y de Madeira son comparables entre sí, con un invierno suave y un verano templado, aunque el clima de esta última presentaba valores higrométricos más elevados. El debate sobre el carácter más apropiado del clima para los enfermos entre Madeira y Tenerife continuó durante el siglo XIX, decantándose finalmente hacia las Islas Canarias, principalmente hacia Tenerife y Gran Canaria, puesto que la Revolución Industrial hizo posible la consolidación de una burguesía rentista y ociosa, originándose además la máquina de vapor que revolucionó el transporte. Esta etapa correspondería al nacimiento del turismo en Canaria *sensu stricto*.

A comienzos del siglo XX se inicia la llegada de turistas alemanes, en contraposición al siglo XIX, donde había dominado la presencia británica. Progresivamente, el turismo terapéutico iría perdiendo relevancia debido a los avances logrados en la medicina y en la farmacopea. A partir de los años sesenta del siglo XX comenzó el proceso de desarrollo inmobiliario-turístico tal como se conoce actualmente. En este sentido, jugaron un papel fundamental los núcleos de Puerto de la Cruz y Las Palmas de Gran Canaria, centros turísticos tradicionales desde finales del siglo XIX. Más tarde se incorporan a esta dinámica las islas de Lanzarote y Fuerteventura, dadas las óptimas condiciones naturales que presentan para el desarrollo del turismo basado en el binomio sol y playa. La Gomera, La Palma y El Hierro se incorporaron a esta corriente durante la década de los años ochenta. Todo este proceso generó la formación de grandes áreas turísticas en el sur de Gran Canaria y en el sur y suroeste de Tenerife, destacando específicamente los municipios de Arona y Adeje, y los núcleos de Los Cristianos, Playa de Las Américas y Costa Adeje. No cabe duda que la apertura del Aeropuerto Reina Sofía en 1978 favoreció esta situación. Con este panorama, inicialmente el turismo escandinavo destacó sobre el resto, atraído por estos *paraísos* de sol y playas.

En el tercer capítulo del libro, el antropólogo de la Universidad de Notre Dame D. Kenneth E. Moore, relata las características de la aldea de Los Cristianos durante los años que residió en ésta, además de cómo se desarrollaban las rela-

ciones entre los *playeros* y los suecos. El período de referencia es 1961-1962, 1965 y 1972. En estos momentos, el núcleo de Los Cristianos constituía un pequeño poblado marineró, escasamente evolucionado como ciudad, con múltiples carencias y una vida cotidiana marcada por la austeridad y la lentitud temporal. Hasta este pueblo llegaron numerosos suecos minusválidos buscando su recuperación, aunque también lo hicieron personas con problemas psíquicos y otras que necesitaban repensar su presente e imaginar su futuro (este último colectivo es denominado por el antropólogo como *buscadores*).

Del colectivo sueco destacaba su modo de organización y su gran educación, mientras que de los lugareños llamaba la atención su carácter trabajador y honestidad. Los extranjeros habitualmente se referían a los locales como estúpidos, pero no en su sentido directo y despectivo, sino para enfatizar su insistencia en mantener sus costumbres y su recelo ante los cambios. Los extranjeros no comprendían el código de vida de los *playeros*, los cuales defendían la pureza de las mujeres, el honor de los hombres y la necesidad de dividir la vida pública de la privada. También eran personas extremadamente éticas. En cambio, los suecos realizaban frecuentes encuentros y reuniones en distintas viviendas, eran más abiertos, aceptaban los cambios y les gustaba relacionarse con los demás.

Para D. Kenneth E. Moore, con el transcurso del tiempo, Los Cristianos se transformó de una aldea a una ciudad mediante el proceso urbanizador, aunque éste no solamente trae consigo la génesis de un ambiente urbano, sino también un cambio de valores. En algunas ocasiones, la creación de ciudades no lleva consigo la producción de una comunidad, pero Los Cristianos sí configuraba una buena comunidad, puesto que las personas se apoyaban y ayudaban para resolver los problemas propios de la vida cotidiana.

El cuarto capítulo, redactado por el antropólogo D. Ramón Hernández Armas, constituye una visión diacrónica del proceso turístico acaecido en el sur de Tenerife y particularmente en el municipio de Arona. El autor lleva a cabo una reflexión sobre el nacimiento de la actividad y el progresivo incremento de su importancia. Es destacable la desconexión que inicialmente existía entre el sur de la Isla y el eje Puerto de la Cruz-San Cristóbal de La Laguna-Santa Cruz de Tenerife, aunque la mejora de los sistemas de comunicación permitió reducir en tiempo la distancia física y permitir la llegada de los primeros turistas. A partir de este momento, comenzó un proceso que llega hasta la actualidad, en el que la actividad turística se ha transformado en uno de los motores económicos más importantes de Canarias. La expansión turística afectó a municipios como Arona y a determinadas ciudades, como Los Cristianos, inicialmente un pequeño poblado de pescadores que vio convertida su arcaica estructura urbana en otra sólida y evolucionada que sustentaría el turismo presente hasta nuestros días. De este capítulo también se infiere una reflexión acerca de la dinámica futura,

del camino a seguir en los próximos años, a tenor de la evolución acontecida hasta el momento.

En conclusión, esta obra constituye un merecido homenaje al turismo sueco, puesto que la llegada de los primeros suecos a Los Cristianos y su interacción con la comunidad local definió la base sobre la cual se produciría, con el transcurso del tiempo, la evolución de este núcleo desde sus inicios como poblado hasta conformar una ciudad, en la actualidad eminentemente turística. También sea dicho que la actual urbe de Los Cristianos presenta, desde hace algunas décadas, una estructura obsoleta incapaz de gestionar adecuadamente el desarrollo turístico. Por esta razón, las reflexiones contenidas en la obra deben ser de utilidad al lector para imaginar cómo debe ser la ciudad de Los Cristianos en el siglo XXI, en la que no se debería perder el cariz marinero, local y de tranquilidad que tuvo este enclave cuando los primeros suecos llegaron durante el sol del invierno.

José Iván Bolaños González

Javier MARTÍN VIDE, Jorge OLCINA CANTOS y OTROS (2001): *Climas y tiempos de España*. Madrid, Ed. Alianza, 2001. 258 pp. (176 de texto más 82 de materiales y bibliografía) [ISBN 84-206-5777-8]

Un título original (por lo de “tiempos”) para una obra en realidad más reciente de lo que indica el ISBN (año 2001), dado que en catálogos se difundió durante el año 2003, y para un trabajo de investigación científica en toda regla, que a la vez cumple a la perfección la difícil función de obra de divulgación científica en formato asequible de bolsillo con calidad legendaria (Alianza Editorial) y habitual amplia difusión. Se trata de un pequeño libro, excelente y denso a la par en su contenido, que merece en los medios de comunicación mucha más publicidad que la poca que le ha acompañado, puesto que los conocimientos climatológicos de calidad son muy necesarios tanto en el ámbito científico universitario como en el bagaje cultural medio de la sociedad española. Una obra necesaria que cumple también las funciones de “reciclar” y actualizar en el aprendizaje a los profesores de enseñanzas no universitarias y asimismo, la de reflexionar, sistematizar e interrelacionar en sus conocimientos para los especialistas en la investigación y docencia universitarias de la Climatología, porque su aplicación al solar peninsular de España, más a sus archipiélagos y mínimos enclaves africanos, resulta apasionante por la complejidad del medio físico (y en parte urbano) y por la situación singular en ámbito subtropical-templado y entre mares.

La autoría de la obra es variada; pero siempre con la solera y calidad emanada